



Fotos ROMA PRESS

JUAN XXIII CON LOS PRESOS

Fue al principio de su corto pero fecundo pontificado. El 26 de diciembre de 1958, S. S. Juan XXIII hacía una visita a los presos de la cárcel de Regina Coeli. «Yo soy también Pastor de las almas extraviadas», dijo a aquellos de sus acompañantes más adversos a la entrada del Papa en la prisión. Su estancia entre los reclusos no revistió las características distanciadas de una visita formularia. Por el contrario, habló con muchos de ellos, saludándoles con cordialidad y ternura. «Comprendo y compadezco vuestra mente —les dijo—. También un día en Bérgamo un miembro de mi familia fue detenido por los gendarmes». Les presentamos aquí una escena de aquella memorable visita que inauguró una disposición de acercamiento personal hacia los menos favorecidos, que presidiría después consecuentemente todas y cada una de sus intervenciones públicas.



Alguien dijo de Juan XXIII que ha sido el «Papa de la esperanza». Juicio certero éste, apoyado en dos documentos de extraordinaria trascendencia para el orbe católico y para todos los hombres de nuestra época: dos encíclicas, «Mater et Magistra» y «Pacem in terris». Su influencia en la sociedad actual, ya notoria, se irá dejando sentir con más fuerza a medida que pasen los años. En la primera se planteó el problema social de una manera nueva, ajustada a las condiciones de nuestro tiempo, tan variadas, tan complejas, tan transformadoras, en su vertiente socio-económica. En la segunda, se estudia a fondo el problema de la paz sobre la base de la verdad, la justicia, la solidaridad y la libertad. En la foto superior, Juan XXIII durante el viaje a Loreto, y en la inferior, durante su visita a San Juan Bautista de Rossi-Alberoni





Visita de Juan XXIII al Quirinal. Habla el Presidente italiano Segni. Querido y respetado en todos los ámbitos, incluso fuera de los límites de la Iglesia Católica, los documentos de Juan XXIII, sus discursos, tan ajenos a todo formalismo, y la convocatoria del Concilio Vaticano, dan testimonio elocuente de su apertura hacia todos los hombres, de su inserción en la época, de su certera y universal palabra, de su visión del mundo naciente.

SIGUE

JUAN XXIII



JUAN XXIII CON LOS NIÑOS Y EL PUEBLO

Modesto, sencillo, simpático, así era Juan XXIII. Su vida privada transcurría en tres habitaciones del palacio apostólico. El dormitorio, con una cama de hierro, el despacho, humildísimo, y la capilla. Una austeridad ejemplar informó toda su existencia. Le gustaba acercarse a los débiles, a los niños, a los enfermos. Se cuenta que le resultó muy difícil acomodarse a la vida oficial vaticana. Así lo atestiguan multitud de anécdotas que hablan además de su bondad y humanidad, de su comprensión de los más ínfimos problemas personales de las personas que le rodeaban, de su amor hacia los hombres del pueblo. Del afecto que supo ganarse en todos los continentes constituye buena muestra la preocupación con que se ha seguido en todas partes el curso de su enfermedad.





Fotos ROMA PRESS

PUSO LA VISTA EN EL FUTURO

Ha muerto el «heraldo de nuestro tiempo», como se le ha llamado, pero también el del porvenir, porque Juan XXIII quiso poner sobre todo «la vista en el futuro». El Papa que convocó el Concilio Ecu­ménico —el acontecimiento más importante que ha registrado la historia de la Iglesia desde Trento a hoy—, era considerado «de transición». Pero en este doloroso momento podemos afirmar que ha sido una de las más grandes figuras de la Iglesia y también de nuestra época.

FIN